



— AÑO V. — Castellon 15 Noviembre de 1885. — NÚM. 42. —

SUMARIO. La fuerza del progreso como torrente de luz, por «José Arriero Manjon Hoyos».—SECCION CIENTÍFICO-LITERARIA: Tener novia, por «Gaston Montemar».—Un viajero, por «L. García-Ramon».—La reina y la joya. (poesía) por «José María de la Torre».—Observaciones, (poesía) por «M.»—Eloisa, por «Manuel García Álvarez».—Cubiertas y anuncios.

LA FUERZA DEL PROGRESO COMO TORRENTE DE LUZ

A los hijos de las tinieblas les espanta la luz y anatematizan todo humano progreso; maldicen la prensa, porque desconocen lo que es la prensa: álzanse ortodoxos y condenan á los periodistas, porque tambien desconocen lo que son los periodistas, filosóficamente considerados. Dice una ilustre escritora que son los obreros del pensamiento; las letras del gran alfabeto del siglo XIX; las primeras unidades de la suma del progreso. Ellos escriben la historia palpitante de la humanidad; son los cronistas de la civilizacion; los sacerdotes de la religion de las ideas!...

El periodista es hoy el mejor ornato de la sociedad, el periodista es hoy el complemento de la vida: quien sepa pensar, no puede en nuestros dias vivir sin leer; condenar la prensa, es condenar la LUZ: no tenemos que pedir á los periodistas lo que el sentido comun ha concedido en todos los tiempos, libertad de conciencia y tolerancia mútua. El espíritu democrá-

tico, símbolo del humano progreso, no viene á destruir sino á edificar, y no quiere para la construccion usar de materiales viejos.

El periodista, repito, es la palanca bienhechora que eleva y engrandece á la humanidad; es el divino verbo; verter ideas, para que la razon analice, es como brotar la ciencia: como luz que derrama sus benéficos rayos, que no deben ocultarse bajo del almud, para que á tan bellos resplandores desaparezca la infame máscara con que se cubre el hipócrita que ama las tinieblas para en ellas establecer sus ridiculas mercancías y explotar á la humanidad.

La prensa es la accion profunda del progreso, la que con su límpida luz desbroza aquellos densos matorrales donde se ocultaban los lobos, ó semi-salvajes, ¡los fanáticos perseguidores de la humanidad! amadrigados en esas horribidas cavernas del pasado, sin más cultura que el lánguido resplandor de sus antiguas tradiciones de tiempos y costumbres salvajes, en que imperando las pasiones, despótica

y bárbaramente truncaban vidas, no respetando nada, ni aun la ley divina del amor fraternal.

Hoy, debido á la irresistible fuerza del progreso, si bien los lobos de entonces, ¡los perseguidores de la humanidad! los hijos de las tinieblas ridiculizan y persiguen con maneras hipócritas, la víctima no es sacrificada, ni se vierte la sangre de entonces.

Voy á concretar mis históricas observaciones oponiendo tiempos á tiempos como lo hago, y civilizacion á civilizacion, aparte de aquellos países que permanecen alejados del humano progreso, pues solo me refiero á los que creen y prosperan á su benéfica luz.

El humano progreso; la idea vertida; la luz comparada con las tinieblas del pasado; la verdad que desvanece la mentira; la fuerza de la razon como irradiacion divina, contra la razon de la fuerza que es un acto salvaje condenado por la moral sublime, son las únicas poderosas armas que el divino progreso esgrime para combatirlos.

Por eso los lobos, los salvajes de entonces, se han amansado; han perdido con el tiempo y las revoluciones el instinto salvaje que los conducía á destrozar, y á complacerse en la agonía de las víctimas: hoy el progreso les hace ser lobos mansos, pacíficos: han perdido el instinto y los dientes; pero los que la luz queremos, debemos considerar que les quedan garras, si bien les falta el arma homicida.

El progreso ha operado esta modificacion en los defensores de aquella tradicional época, de los intereses seculares, de los organismos que perecen y de las instituciones defectuosas que sucumben. Mas, eso no quita, que todavía conserven medios de herir, bien sea como lo hacen con la calumnia y con el ridículo, provocando en los ignorantes el furor, ó en los necios la risa.

El ultramontanismo es la tradicion del funesto pasado, el enemigo del humano progreso y acérrimo partidario del despotismo salvaje; es lo contrario del progreso y civilizacion; y sin progreso ni civilizacion no puede llegarse á la perfectibilidad, que son las condiciones que hacen al hombre moralista. Ninguno que viva en estado de salvaje, y que se niegue á la luz, puede llegar á lo perfecto, ni es moral; moralista sin moral equivale á decir árbol con muchas ramas, con muchas hojas, pero sin flores, ni frutos.

La existencia del fanatismo es causa de graves calamidades, y esta plaga se apodera del pensamiento social precipitándole por peligrosos derroteros.

El fanatismo es locura contagiosa, nada respeta en el individuo; en la sociedad todo lo atropella. Pedir virtudes á una sociedad fanática, vale tanto como pedir aromas al lodazal, perfumes á la pocilga.

A la sociedad fanatizada se la puede pedir supersticiones; este es el fruto que con abundancia dá tal árbol.

Examinad las manifestaciones todas de una sociedad sujeta á tal plaga y vereis cómo la ciencia agoniza, la religion se pervierte, la moral goza de vida ficticia; pues que la vida real, la vida íntima, aquella vida que puede infundirle el corazon, no existe. Solo el instinto impera como dueño absoluto en todas las inteligencias, como señor omnipotente de todos los corazones. El individuo y la sociedad caen en el abismo de una locura sangrienta el día que se fanatizan. Sus costumbres reflejan su estado mental; á los extravíos de la razon corresponden actos salvajes.

Los que esta verdad conocemos, somos demócratas, moralistas, porque deseamos vivir en la luz, en la virtud, que por el progreso nos lleva á la perfectibilidad.

JOSÉ ARRIERO MANJON HOYO.

Seccion Científico-Literaria

TENER NOVIA

NOVIA es la jóven que va á desposarse, y con más propiedad, la recientemente desposada; pero hoy esta palabra se emplea en muy diferente significado.

La mujer coqueta es *novia* de tres ó cuatro hombres á la vez y no se casa con ninguno; el sietemesino que se pasa el tiempo echando flores á cuantas mujeres encuentra al paso, y se prestan á escucharle, tiene una docena de *novias*, y en fin, se dá el nombre de *novia* á la niña que escucha y hace caso de unas cuantas sandeces amorosas que se le dicen sin más intencion que la de matar algunas horas.

Pero si es tonto el abusar de esta pala-

bra suelta, es decir, desligada de otra forma gramatical, es atroz cuando se emplea con el verbo *tener*.

¡*Tener novia!*

Esto que en puridad significaría, «estoy pronto ó voy á desposarme con la que ha de labrar mi felicidad, la augusta madre de mis hijos; dentro de poco el sacrosanto lazo del matrimonio enlazando nuestras manos, unirá para siempre nuestras almas...» significa todo lo contrario, y quiere decir: «tengo una jóven que presta atención á cuantas necedades le digo, nos juramos eterno amor sin intencion de cumplirlo, halagamos solo nuestra vanidad exhibiéndonos en el teatro, en el paseo, en las reuniones, bien amartelados, cambiándonos lánguidas miradas y hondos suspiros solo para hacer gala de que valemos algo, es decir, que merezcamos ser amados y que podemos amar... ¡Soy hombre yo y ella es ya mujer!»

¡Vanidad ridícula que bastardea el sentimiento más elevado del hombre!

Sí, hoy todo el mundo tiene novia, el chiquillo que va al colegio de segunda enseñanza, el nécio que apenas si gana en una casa de comercio una peseta diaria, el empleadillo temporero y hasta el aprendiz de mi sastre, todos tienen novia...

Así como se lleva un alfiler en la corbata y una sortija en cualquier dedo, por lujo, así para que nos vean rumbosos también tenemos novia; y la que debería ser el sér por excelencia, el sér adorado pasa á la categoría de trasto.

No hace mucho tiempo que á un muchacho de quince años se le cayó un calendario de bolsillo, en el teatro, lo recojí al verlo en el suelo, y como aquél ya habia salido de la platea, no me fué posible devolvérselo en seguida. Me picó el diablillo ó diablesa *curiosidad* y lo leí; y ví que en letra diminuta manuscrita habia, en los blancos, al lado determinados dias... *He visto á C... He hablado con E... Me ha dado el sí... Mi novia es más hermosa que la de S...* Este S sería otro muñeco de la edad del dueño del calendario.

Esa precocidad me hace daño, y el jugar tan miserablemente con el corazón, es signo infalible de la corrupcion ó perversion de los más sagrados sentimientos.

La novia de *paseo*, de *balcon*, de *teatro*, agosta en flor las más bellas ilusiones y dá á la novia de veras un corazón pervertido. El hombre que ha tomado el amor en

broma, no lo creará nunca en sério. La mujer *de lujo* destruye, anula á la mujer-esposa, y de aquí que de la *novia* callejera se pase al matrimonio de *conveniencia*, á la *sociedad mercantil*.

Por eso vemos á esa multitud de excépticos ridículos con aires de hombres de mundo á los veinte años, y por eso las niñas (pocas) que no han seguido la corriente de nuestros dias, temen prestar oídos á las protestas amorosas del hombre...

Para *tener novia* es preciso tener más de veinte años y amar de veras, estar convencido que la mujer á quien damos aquel nombre, ha de ser nuestra esposa, si no es así no se *tiene novia*, se tiene *un juguete, un pasatiempo, nada*.

Y al enamorarlas falseamos el corazón de ellas y el nuestro; destruimos la sociedad matando los sentimientos en que se funda y que la sostienen.

Y lo mejor es que todos se lamentan de la inconstancia de la mujer, de su coquetismo! Pero, señores, ¿quién tiene la culpa? Si las enseñais mal, ¿cómo pueden ser buenas? Cuando les deis buen ejemplo ellas serán perfectas; en tanto, tomadlas como las haceis.

¿No queréis coquetas, ni falsas, ni pérfidas, sino una mujer amante y fiel? Pues suprimid el *tener novia* por lujo... No hagais del amor un juego ridículo. Amad de veras vosotros, y ellas os idolatrarán; su corazón dá el ciento por uno, la mujer ama mucho más que el hombre, ellas adoran; y cuando una mujer os adora no la vendais, no la engaños, cumplid lo que la prometisteis y entonces sabreis lo bello que es *tener novia!*

GASTÓN MONTEMAR.

UN VIAJERO

Desvergüenza inaudita sería la mia si afirmase que conozco el camino que desde San Hilario, puerto principal de la isla de Jersey, conduce al *Agujero del Diablo*, esa jigante gruta donde la mar penetra y se deshace con estruendo parecido al trueno. Ví, ciertamente, un paisaje risueño, cubiertas alamedas, panoramas soberbios de floridos valles, y casas deliciosas, blancas como gaviotas de limpieza tal que parecen pintadas cada dia. Pero no se fijó en mi mente detalle alguno, ni nada

me llamó la atención, estando distraído é interesado por mi compañero de coche.

Era, sin embargo, la más insignificante de las veinte personas que el carruaje contenía. Rechoncho, mosquetado, muy subido en color, con dos ojillos vivarachos y alegres, no poseía distinción alguna, y á primera vista lo tomé por un negociante retirado del tráfico que iba á cansarme con sus preguntas y sus convencionales asombros, á cada perspectiva del terreno. Pero, con la más completa humildad confieso que mi observación recibió aquella tarde un jaque sin precedente.

Comenzó mi viajero por sacar un paquete de cigarros modestamente envuelto en un diario, y presentarme uno con suma afabilidad, diciéndome lo fumase sin temor, pues era exquisito; y continuó expresando en breves palabras su opinión sobre el tabaco, con tanto tino, con tal tecnicismo respecto del cultivo y la fabricación, que me dije debía ser un contraamaestre de la fábrica de tabacos del Sena, aunque hablase también de las de Bélgica y Alemania.

Estos dos nombres me hicieron preguntarle si había visitado aquellos países y me respondió que, desde los treinta años, y tenía cincuenta, anualmente pasaba un mes ó dos viajando, y entonces lo tomé por un viajante de comercio. Mas, continuaba el error. Era un erudito de un gusto excelente para ser comerciante. Con sus frases cortas, coloreadas, originales, me enumeró las bellezas más dignas de mención de Suiza, Italia, España, Alemania y Suecia, sin olvidar Rusia, que había ido á ver cuatro años seguidos. Y no las hermosuras que se encuentran señaladas á la admiración en los *guías*, sino aquellas que solo impresionan á una mirada inteligente, á un cerebro instruido.

Su instrucción era palmaria y me la dejó ver más aun cuando se me escapó que era autor. Mezcló entonces á su narración detalles históricos, manifestándose profundo conocedor de la historia y las leyendas de cuantos puntos había visto, y circunstancia más de notar en un francés, pronunciando con propiedad cuantas palabras extranjeras citaba.

Tal vez es un médico, pensé poco después, cuando por una transición, pasó á la higiene de cada país y á la que particularmente convenia al viajero. En la higiene entraba por mucho la alimentación, y ro-

tundamente creí habérmelas con un cocinero, cuando se engolfó en las alabanzas ó críticas de los platos predilectos de cada nación. El singularísimo sugeto no decía una sola necedad cualquiera fuese el asunto de que conversábamos. Y nervioso ya, queriendo probarlo, entablé yo una discusión literaria, profanando de exprofeso la memoria del primer novelista del mundo y diciendo que el *Quijote* era una vaciedad sin más mérito que la pasmosa pureza del estilo.

Pérdí aquí más que nunca la noción de lo que pudiera ser mi hombre, pues, mirándome con cierta extrañeza, se sonrió y exclamó que no decía lo que pensaba y tal vez deseaba únicamente saber su parecer. Me lo dijo y fué tan sensata, tan profunda su apreciación, no solo del *Quijote*, sino de los comentarios que ha provocado, que, sin poder más, le pregunté:

—¿Es V. escritor?

Y me respondió:

—No señor, soy cochero.

¡Cochero!...

Era cochero, en efecto, y cochero de alquiler.

Hijo de cochero, había recibido poquísimas instrucciones, y siguió el oficio de su padre, del que quedó huérfano á los quince años. Desde la infancia había tenido la ambición de viajar, tal vez por los relatos de su abuelo materno que había sido marino, y se propuso conseguir su sueño tarde ó temprano. Comprendiendo que los estudios le eran necesarios, se aplicó á aprender lo que no sabía, y sabía muy poco; en quince años, había adquirido una suma importante de conocimientos, y hallándose sin madre, solo en el mundo, sabiendo por experiencia larga que podía economizar 1,500 ó 2,000 francos trabajando diez ú once meses del año, se puso á viajar.

—Soy feliz así, me dijo; las economías del año desaparecen en el tiempo que viajo, pero para eso las hago. Era mi sueño, y tal fuerza tenía en mí este deseo, que no tengo vicio alguno, no he pensado ni siquiera en casarme, y casi me dá vergüenza confesárselo, aun estoy virgen. No he hecho más que estudiar y viajar... y conducir á mis parroquianos.

Después de una pausa repuso:

—A propósito, si de regreso á París necesita V. un coche un día de carreras ó de fiesta, en que es difícil tenerlos, escribame.

usted una palabra dos dias antes y estaré á su disposicion con sumo placer. Tengo buenos caballos.

La tarjeta decia:

LUCIEN JEANDRON,
COCHER DE L'Urbaine
57, rue d'Allemagne.

¡Ay! novelistas de la escuela de la imaginacion, por mucho que la hubieseis buscado no habriais dado con una realidad tan inverosímil como esta.

L. GARCIA-RAMON.

LA REINA Y LA JOYA

En el hispano joyel
hubo una piedra preciosa
reina del íbero fiel,
era noble y era hermosa:
llamóse doña Isabel.

Como insulto se tenia
el regalo que se hacia
por un vasallo á los reyes,
pues lo privaban las leyes
de la española hidalguía.

Audiencia pidió sumiso
á la reina un caballero,
y ella recibirle quiso
aunque por la traza y viso
era el hombre aventurero.

—¿Qué quieres de mí, varon?
y él con respeto profundo
contestó:—Daros un don.
—¿Qué me das?—Un nuevo mundo.
—¿Cómo te llamas?—Colon.

José María de la Torre.

OBSERVACIONES

Nace en los ojos el amor humano,
y de tiernas miradas se alimenta:
son el conducto de la luz los ojos,
por eso amor, que es luz, allí se engendra.

Vienen tras el amor las esperanzas,
aves de paso, que en manada vuelan,
hacen del pobre corazon un nido,
y á un tiempo todas, sin piedad, lo dejan.

Tras esas esperanzas que volaron,
nacen unos gusanos que atormentan;

son desengaños, que el lugar ocupan
de aquellas aves que en manadas vuelan.

Atrae amor al pecho la esperanza
como atrae á las aves primavera;
con el desden se van las esperanzas
como las aves cuando invierno llega.

Allí en los ojos donde fué su cuna
esperanza y amor su tumba encuentran,
justo es que quien llevó la luz al alma
leve tambien al alma las tinieblas.

Esa es la historia del amor humano,
así me la enseñaron en la tierra;
concluyen la pasion y la esperanza
y los roedores desengaños quedan.

M.

ELOISA

—Amaos los unos á los otros con
una caridad fraternal.

ROM. XII—10.

—Toda la ley se encierra en este
solo precepto: Amad al prójimo como á vosotros mismos.

GALAT. V—14.

—El que oculta las faltas de su
prójimo se atrae su amor: el que
vende sus secretos despierta su odio.

PROV. XVII—9.

—Feliz el hombre que encuentra
un amigo verdadero....

ECCLI. XXV—12.

—Nada podría compararse al amigo
fiel: su afeccion es más preciosa
que todas las riquezas.

IBID. VI—15.

—No levantaréis falsos testimonios
contra vuestro prójimo.

EXOD. XX—16

—No calumniaréis á vuestro prójimo
ni le incomodareis de ningun modo.

LEV. XIX—13.

—La envidia es la carie de los
hucosos.

PROV. XIV—30.

—La envidia mata á los pobres
espíritus.

JOB V—2

—La envidia y la cólera abrevian
los dias.

ECCLI. XXX—26.

—El envidioso tiene un ojo lleno
de malicia: se vuelve para no ser
testigo de la prosperidad de otro, y
descuida hasta el cuidado de su propia
existencia.

ECCLI. XIV—8.

El amor, es una semilla Cosmopolita,
puesto que se dá en todos los climas, y en
todos los climas se conoce; semilla, que
ingiriéndose inopinadamente en el cora-
zon de la criatura, germina con fuerza sin
igual, echando hondas raíces que ni el

tiempo destruye, si se cultiva convenientemente, pero que si no se trabaja, fácilmente degenera, como degeneran las plantas que no se elaboran en otras, sobre inútiles perjudiciales y dañosas.

Tenemos pues que conforme á este principio, no estaba muy equivocado un célebre poeta al decir, que el amor puro y verdadero era eterno, que solo moría en el sepulcro, para reaparecer más pujante y vigoroso en el Paraiso: y eso que corre como vulgar el sentir, de que los vates viven de ilusiones, piensan en utopías é idealidades, y sueñan con ficciones; pero no es siempre cierto este concepto, y si algun día pude comulgar en esa opinion general, tendió á desaparecer cuando la realidad mostró á mi vista, un sentido drama, y me dejó escuchar los efectos de una de esas borrascas que abren ancha brecha en el corazon do se agitan, y que sin estallar, solo pueden durar lo que dura la luz violácea del relámpago, en el seno de la nube que le engendró.

Era una noche apacible y dulce del estío: bandadas de cerúleas nubes en su nacarado y trasparente celaje, ocultaban los vívidos resplandores de la luna, á la que hacían la corte alguna que otra rielante estrella que fulguraba en la celeste esfera: la calma en la tierra era inusitada; solo la interrumpía el constante hervidero de las olas del mar, que como gigantes furiosos venían á estrellarse contra la escueta y pelada roca, formando en la superficie de aquel elemento un extenso campo de espuma, cual si fuera el lúgubre y triste sudario de la muerte: la brisa nos traía entre sus pliegues mil y mil voces misteriosas y desconocidas que al llegar al alma la inundaban de grata melancolía: en suma, la tranquilidad y reposo de la naturaleza, la sorprendente magestad de los cielos, y el bronco bramido del vasto Occéano, cautivaban el ánimo por las redes de no sé qué arrobador embeleso.

Paseando nos hallábamos por el delicioso sitio del Fuerte mi amigo Rafael y yó, cuando aquella no comun soledad que nos rodeaba, se vió de pronto interrumpida por una indefinible sombra, que cual vision fantástica se apareció en la escena. y á cuyo paso los densos y compactos cendales de aquel crespon negro se iban dilatando, cual si fuera la reina de la oscuridad que allí presidía, pues ni la luz mortecina del farol nos enviaba aquella noche

sus lánguidos destellos. Nada nos sorprendió tal visita, pues no era la primera vez que nos acompañaba en nuestros nocturnos paseos; así que indiferentes continuamos departiendo en amigable coloquio, hasta que hondos y lastimeros gemidos llamaron nuestra atención, y como es natural, nos dirigimos á ver quien los exhalaba.

¡Qué sorpresa, Dios mio! Sentada sobre dura peña en una de aquellas troneras, hallábase una interesante y espiritual mujer, en cuyo demacrado rostro se notaban las huellas de un padecimiento horrible; febril cual si estuviera bajo una pesadilla dolorosa; convulsa y agitada como si acabara de librar una terrible batalla; llorosa y su blanda cabellera desgreñada, parecía representar la imágen de las Angustias. La interrogamos sobre la causa que provocaba tan anómala situacion, y con una voz dulcísima que los mismos ángeles hubieran envidiado, nos la relató tal como sigue:

La fragilidad del bello sexo, constituye una de sus más dolorosas y sensibles cualidades, en una sociedad material, frívola y egoísta como la actual. El afán de medrar, el deseo de la conveniencia, hace practicable aquel absurdo principio de Maquiavelo, «el fin justifica los medios» y tras el logro de sus propósitos, olvidándolo y despreciándolo todo, hollando la moral y escarneciendo el derecho, nada le detiene en la consecucion de sus miras, aun á riesgo de caminar por extensas vías, abiertas por abrasadoras lágrimas, tintas en inocente sangre, y selladas por el baldon ó deshonra de una familia, á quien se dispensaba hipócrita y sarcástica amistad. Hija de modestos y amantísimos padres, nació al sol de esta idolatrada tierra, una tierna alborada de Mayo, á esa hora en que las brumas, cual tímidas palomas, huyen presurosas á la sola influencia de placentera aurora. La alegría que experimentaron aquéllos con tal suceso, es indescriptible, y solo pueden comprenderla los esposos, que despues de largos años en el matrimonio, suspirando por un vástago que perpetúe su nombre y sea su báculo en la vejez, el cielo oye sus ruegos y les colma con un hijo, que donde hay tempestad pone la calma, y en todas ocasiones viene á ser un vínculo que liga y estrecha más esas dos existencias vaciadas en una, y que une é identifica dos pensamientos en una sola voluntad.

Los días á partir desde entonces, ¡con qué vertiginosa rapidez pasaban, mostrándonos las nuevas horas, nuevos encantos, y mayores alicientes! Con qué complacencia, evocó aquel ameno pensil de mi primavera! ¡Todo en él me sonreía y halagaba! ¡Todo me atraía y encantaba! desde la pintada avecilla que gorjeaba en la espesa arboleda esa música aun no aprendida, hasta la aromatizada flor que inclina su tallo ante el contacto destructor del cierzo, ó le levanta lozano bamboleándose orgulloso en la verde pradera á los sútiles besos de las salutíferas auras, todo se me ofrecía con los multiformes colores de la simpatía. En tan dulce vivir cumplí los doce años sin que el diáfano cielo de mi felicidad se hubiera visto empeñado por la más pequeña niebla: pero ¡ah! una tarde mi padre se marchó á la cama acosado de pasajera indisposicion, é indisposicion fué, que al poco tiempo la ciencia se declaró impotente para luchar con el mal, y la parca impía concluyó por segar tan preciosa existencia, sumiendo á mi madre y á mí en la más honda amargura.

Pero como todo se olvida en la vida, el recuerdo de mi padre se fué haciendo ménos sensible, á medida que insensiblemente tambien me iba engolfando en esa novel atmósfera preñada de adulacion y perfumada de ilusiones, la juventud. ¿Quién en esa edad no ha escuchado una alabanza á su belleza, ó un piropo á su gracia, murmurado por amartelado mozalvete? ¿Quién en ese bisoño jardín, no ha libado gratos aromas, fatales desengaños, ó no ha sufrido el horno candente de los celos? ¿Quién no sabe que en ese pensil de la esperanza, al recibir como premio á su hermosura una flor, suele ocultar ésta el virus ponzoñoso de un mal pensamiento? ¿Quisiera no remover el polvo de estos tiempos que sellaron con caracteres de fuego mi desgracia, y sin embargo el horrído volcan que alimento en mi seno, no puede permanecer comprimido, ruge por estallar y busca un desahogo! ¡Si al ménos así devolviera á mi alma la tranquilidad de que carece, y á mi mente la serenidad que le falta! Pero cá, el hado parece me condeno á sufrir eterno martirio, y á cada hora que pasa, á cada momento que trascorre, nuevas y más terribles sombras veo en revuelto monton levantarse en el horizonte jamás despejado para mí: solo al evocar su nombre, experimento algun pla-

cer y siento algun alivio á mis penas. ¡Pero cuán pasajero y momentáneo es! ¡no obstante, asida á esta tabla de salvacion, navegare por este piélago escabroso del mundo, y solo de ella me desprenderé cuando el glacial frio de la muerte entumezca mis miembros y paralice mi lengua, pero consagrando aun á él mis últimos suspiros!

Los sollozos embargaban á la infortunada mujer, y fué preciso que nosotros, asociándonos á su dolor, la diésemos algun consuelo, invitándola á relegar al olvido tan infaustos dias, y pensar en otros más bonancibles y felices que quizá el destino la reservará; manifestándole al propio tiempo, que lo que estaba haciendo, en vez de atenuar, exasperaba su amargura.

Un poco más tranquila, prosiguió su interrumpida narracion diciendo:

Contaria acaso quince abriles, cuando por vez primera llegaron á mis oidos las melodiosas notas del amor, preludiadas por un jóven pobre como yo, pero trabajador y honrado, y estas dos bellas cualidades me predispusieron á su favor, razon por la que, cuando receloso se acercó á mí en la carretera del Colegio, á la caída de una tarde de otoño expresándome sus deseos de entablar relaciones conmigo, gustosamente accedí á sus pretensiones.

Desde entonces, varió por completo mi modo de estar, creí, habitaba otras mansiones más llenas de hechizos, y que la atmósfera que respiraba, era más saturada de dulzura, más pura, y más impregnada de ambrosía. No salía una vez á la calle, ó me ponía á la ventana, que no tendiera mi vista en todas direcciones en busca de mi Rogelio. Por las tardes, todas, absolutamente todas me acompañaba en mis ordinarias salidas con las amigas, Juana y Concha, custodiadas por mi buena y cariñosa madre, lo que unido al fuego irresistible de sus ojos, y á la magia embriagadora de sus palabras, hizo que nuestro sincero y casto amor, tomase más y más incremento en aras de ardientes y sentidas promesas.

Yo ya no me pertenecía: á Rogelio habia entregado mi corazon; y á él habia confiado tambien mi alma. Rogelio era el señor de mi pensamiento; su nombre lo veía bordado en letras de oro en los caprichosos girones de las nubes; en los ilimitados ámbitos del espacio. Rogelio, era la apasionada y misteriosa frase que zum-

baba en el viento; que susurraba el arroyo; que repetía el eco de los valles y las concavidades de las rocas; que el pájaro en sus suaves armonías modulaba y que me traía el céfiro en sus delicadas ondulaciones. Mas llegó la ocasión en que el hado envidioso de mi felicidad, quiso probar mi paciencia en el crisol de los sinsabores; y en efecto, un día terminé mis faenas cotidianas, y como de costumbre salí á pasear, pero aquel crepúsculo, no tenía para mí los incentivos de otras veces. ¿Y qué había de hacer, si Rogelio no me acompañaba? ¿Cuál era el motivo? Lo ignoraba; y aun cuando presumí que las ocupaciones le habrían impedido cumplir con lo que yo consideraba ya como un deber, no por eso, dejó de extrañarme. ¡Con cuánta razón se dice que el amor es exigente! ¡Notaba, sí, que un hombre no me dejaba de mirar! ¿qué digo: ¡yo no lo notaba, lo sabía por lo que mis amigas me decían! ¿Y cómo lo había de advertir si no era dueña de mi idea, de esa paloma errante en el cielo de la fantasía que buscaba un olivo donde posarse, una disculpa á la ausencia de Rogelio, que hiciera con ella cesar el constante batallar de mi espíritu? ¡Pero su alejamiento, continuó cinco y hasta seis meses, mientras yo me abrazaba en las ígneas llamas de la duda!

En este lapso de tiempo, aquellas que me brindaban una franca y leal amistad, fraguaban contra mí una horripilante trama: su conversacion solo era del jóven que como el génio del mal se me apareciera en el camino, poniendo de relieve su brillante posición, la alcurnia de su familia, su talante y gallardía, y hasta insinuándome correspondiese á un hombre que labraria mi dicha, y que me brindaba un despertar futuro, el más risueño que pudiera apetecer. Yo lo escuchaba, no diré que con ánimo de acoger aquellos consejos, pero sí con complacencia; porque ¿á qué mujer no le gusta que la admiren y elogien, aun cuando esa admiración y elogio no pase nunca de una mirada ó de una flor? Mas cuando la cuestión tomó otro sesgo, encaminada á herir á Rogelio despreciarle, y hacerle pasar por un ingrato é infiel, las manifesté mi desagrado, y aun me atreví á disculparle; pero siendo ésta la conversacion obligada, é insistiendo siempre en lo mismo, como la gota de agua, que es pertinaz, horada la piedra que constantemente la recibe, así ellas

fueron poco á poco alimentando la duda que empezaba á tomar cuerpo molestándome bastante, hasta que el gusano roedor de los celos inflamó mi sér, é hizo surgir del fondo de mi alma los asfixiantes vapores de la venganza, me resolví desde luego á corresponder á los amores de Ricardo, que así se llamaba mi segundo pretendiente, relaciones que veía con sumo agrado mi madre, porque al fin éstas, en su excesivo cariño, consideran la felicidad monopolizada en los grandes capitales, como si el amor tuviera precio y pudiera metalizarse.

En tanto Rogelio pretendía demostrar su indiferencia hácia mí, y su interés por Juana; pero cansado de representar un papel que no sentía, y antes de ver, como él me dijo despues, á su adorada Eloisa en brazos de otro, decidió alejarse buscando así un lenitivo á sus tormentos, y probar si con la distancia lograba extinguir la llama que yo había conseguido encender en su pecho. Pero todo inútil; y al fin, viendo lo infructuoso de su trabajo por desterrar una pasión no merecida, desde comarcas lejanas me anunció por el correo su regreso. Cumplió lo prometido, y una tarde en que como siempre acompañada de Ricardo revertía á casa, le ví cruzar rápidamente sin que volviera siquiera la cabeza para mirarme. Al día siguiente, recibí una carta por él suscrita rogándome le dispensara el último favor que pensaba obtener de mi bondad; una entrevista en el Fuerte para tratar de asuntos de trascendencia y vitalidad para ambos.

Soy franca, como la incertidumbre se había posesionado de mí, merced á las acerbas calumnias que las que se titulaban mis amigas le habían levantado, sentía concurrir á la cita para que las argucias y sofismas de la palabra no vinieran á echar por el suelo las felices ilusiones que Ricardo me hacia forjar, máxime, cuando en los malhadados tiempos que atravesamos parece ley natural creer más asequible lo malo que lo bueno, una vez que aquello constituye lo normal y esto lo anómalo; empero como los minutos pasaban, la hora señalada se vino encima.

MANUEL GARCÍA ALVAREZ.

(CONCLUIRÁ.)

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARNENGOT
Zapateros, 52 y 54